

Religión sin salvación

Jorge Luis Perera, Morón, Venezuela

Me levanté en un hogar donde reinaba tanto el catolicismo como el espiritismo; Papá era católico y espiritista a la vez, Mamá también. Practicaban el espiritismo, no para hacer maldades a otros, sino, según ellos, para que no les cayera pava.

Como usted puede ver en el caso de mi hogar, el catolicismo y el espiritismo iban agarrados de la mano, eran y lo son hasta el día de hoy compatibles. La Biblia dice: "¿Andarán dos juntos, si no estuvieren de acuerdo?" (Amós 3:3). Sea cual sea el propósito de practicar la hechicería, ella es condenada por la Biblia. Lemos en Deuteronomio capítulo 18: "No sea hallado en ti quien haga pasar a su hijo o hija por el fuego, ni quien practique adivinación, ni agorero, ni sortílego, ni hechicero, ni encantador, ni adivino, ni mago, ni quien consulte a los muertos. Porque es abominación para con Jehová cualquiera que hace estas cosas".

Íbamos a misa e íbamos a Sorte y a otros lugares de Yaracuy. Recuerdo que una vez, cuando llegamos a Sorte para las prácticas del espiritismo, comencé a caminar con otro niño, solos por esa montaña. Gracias a Dios que regresamos sin nada que lamentar; nuestros padres nos castigaron por el susto que les hicimos pasar.

En mi niñez recibí los cuatro primeros sacramentos de la religión católica: me bautizaron, me confirmaron, me confesé ante el cura e hice la primera comunión. Sin embargo, no experimenté ningún cambio; el mismo Jorge con actuaciones y experiencias desagradables ante los ojos de Dios. Fui monaguillo, ayudaba al cura a officiar la misa, pero esto tampoco me hizo cambiar. Confieso que cuando yo pasaba la bandeja para que los feligreses echaran sus ofrendas, me daban ganas de robarme el dinero. Entienda, apreciado lector, que ni el catolicismo ni el espiritismo me ayudaron a transformar mi vida.

A los doce años cuando terminé la primaria, terminé también con la religión, no fui mas a misa, dejé de ser monaguillo, aunque seguía rezando antes de acostarme y al levantarme delante de ídolos como a la Santísima Trinidad. La Biblia habla del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, pero también dice: "A Dios nadie le vio jamás" (Juan 1:18). Yo por desconocer lo que ella decía caía en ese error; de los ídolos también dice: "Tienen boca, mas no hablan; tienen ojos, mas no ven ... semejantes a ellos son los que los hacen, y cualquiera que confía en ellos". (Salmos 115:5,8). Yo confiaba en ellos y era igual a ellos, o sea, ellos estaban muertos y yo también.

Cuando salí de sexto grado, en la fiesta de graduación probé por primera vez el alcohol y también el cigarrillo; estaba empezando a dar mi juventud al pecado. Efectivamente, "La paga del pecado es la muerte" (Romanos 6:23). No sé si para estos momentos que escribo estaría todavía con vida, de haber continuado en el camino ancho. Yo estuve

entregado al placer, olvidándome del Dios Salvador, nunca quise leer la Biblia; viví cerca de un local evangélico, pero nunca entraba y me burlaba de ellos.

Sin embargo llegó el momento cuando el evangelio llegó a mi hogar porque uno de mis hermanos profesó ser salvo, yo me burlaba de él y de sus hermanos cuando iban a visitarlo a mi casa. En 1982, cuando ya había cumplido 15 años, un grupo de muchachos y yo llegamos al frente de un local evangélico aquí en Morón. Fuimos invitados por el portero a entrar y me invadió una gran pena. Nunca tuve pena de portarme mal en la escuela o el liceo, cuando mi mamá recibía las quejas por mi mala conducta, pero me daba pena escuchar la palabra de Dios. Entré y observé fue un ambiente de orden y reverencia donde no me provocaba burlarme. Me llamó la atención la música de un himno y la siguiente noche volví voluntariamente. Esta vez le presté atención a los predicadores, pero, por supuesto, todavía no era salvo.

El 7 de febrero de 1982, cuando terminó el culto entendí que era pecador perdido, y fue entonces cuando acepté a Cristo como mi Salvador personal, teniendo allí la verdadera experiencia de mi primera comunión con Dios por medio de su Hijo. Puedo decir con toda seguridad que mi vida ha cambiado, he nacido de nuevo. Apreciado amigo, si quieres de verdad cambiar tu vida, y cambiar tu destino eterno, únicamente acepta a Cristo de todo corazón como tu Salvador personal.

"Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres", Juan. 8.36.